

colección
ESTRELLA NEGRA



Carlos Pérez Merinero

La estrella de la fortuna



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
— COLECCIÓN ESTRELLA NEGRA, n^o13—
MADRID • MMXVI

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento
transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © CARLOS PÉREZ MERINERO

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: CARLOS AUGUSTO CASAS

Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Primera edición: Septiembre 2016
I.S.B.N: 978-84-945530-8-0
Depósito legal: M-31286-2016
Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

*Ahora volvía de nuevo la palabra, pero no revoloteando
con suavidad como una mariposa, sino chirriando como
un tranvía que circula de noche por la calle; la palabra
asesino estaba ahí y gritaba.*

HERMANN BROCH

PRÓLOGO: OTROS RINCONES DEL PARAÍSO

Por David G. Panadero

No empezaré diciendo que Carlos ha sido uno de mis mejores amigos. El azar quiso que uno de mis escritores más admirados pasara a ser gran amigo y consejero. De él aprendí lo poco o mucho que sé acerca de cómo contar una historia. El crimen —de ficción, se entiende— era el telón de fondo de nuestra amistad, el hogar y el lugar al que siempre volvíamos, del que ni siquiera intentábamos escapar. Esto lo teníamos muy claro y asumido.

Una agradable coincidencia significativa me lleva a prologar esta novela. Los editores, Alicia Arés y Carlos Augusto Casas, me lo solicitaron, y no lo he pensado dos veces. No sé decirles que no, y además *La estrella de la fortuna* es mucho Merinero. En sus páginas encontraréis sus mejores hallazgos, sus más inesperados golpes de intuición y esa melancolía, ese tono poético que tan bien entronca con la fatalidad de un William Irish.

La estrella de la fortuna nació para ser una película. Sería mediados de los 90 cuando Carlos Pérez Merinero ideó esta historia y escribió el guion, que llegó a leer con mucho agrado Fernando Fernán Gómez, con tanto que quiso asumir el protagonismo y la dirección de una película que desgraciadamente nunca se hizo.

Diferentes personas cercanas a Carlos aportan versiones opuestas y ninguna es concluyente: no sabemos a ciencia cierta si él escribió esta novela antes de convertirla en guion o si fue al revés. Sin asegurar nada, yo apunto que posiblemente la

escribió «por hacer manos», como él mismo decía, ya que él valoraba la escritura en sí misma, incluso al margen de la posible publicación. Durante largas temporadas, como si fuera un notario o un oficinista, «un mandao de sí mismo», como él se definía, se marcaba un horario que solía respetar escrupulosamente. Hasta la hora del fútbol o los toros.

Es verdaderamente refrescante leer esta novela en la actualidad, disfrutar las peculiaridades de su escritura, por el contraste que marca con lo que ahora se estila. Carlos planificaba sus novelas con bastante solidez en tanto que definía muy bien la línea argumental, dejando a la improvisación los detalles que encontraba por el camino. Le interesaba más la sensación de conjunto de la novela que la verosimilitud de un dato puntual. Dada su repulsa a la documentación, él solía hablar de «cubrirse», esca-motear la información necesaria para que la trama fluyera, sirviéndose a menudo de generalidades o ambigüedades.

Además sabía crear personajes realmente intrigantes, inmersos en situaciones imprevisibles. La lógica narrativa, como en tantas otras novelas de Carlos, venía impuesta por un azar que escapa al control de los protagonistas, marionetas tercas como la mula más terca, en una representación de Teatro de la Crueldad cuyo desenlace nos sigue atrapando aunque lo veamos venir desde el principio.

Carlos hablaba mucho de esos azares de la vida que tan bien cuadran con la ficción. Quizás el hecho de haber pasado una vida entera fabulando le otorgaba este punto de vista tan especial: ver la vida desde el prisma coherente y dramático de la ficción. También en esto he sido aprendiz de Carlos y me alegra prologar esta novela suya, que, por cierto, cuenta la historia de dos amigos que encuentran en el crimen su telón de fondo, un hogar y un lugar del que nunca escaparán.

PRIMERA PARTE

HAZ

Durante el vuelo no quiso pensar en ello. Sólo cuando el avión terminó la maniobra de aterrizaje y los pasajeros comenzaron a levantarse de sus asientos, se preguntó qué demonios hacía en aquella ciudad, de la que había olvidado hasta la última vez que estuvo allí y de la que apenas recordaba un hotel, un teatro, la bahía de la Concha, el mar, algún que otro restaurante y tres o cuatro rincones, seguramente ya irreconocibles, o quién sabe si desaparecidos en la vorágine urbanística a la que ninguna capital medianamente moderna había podido sustraerse.

Abstraído en estos pensamientos no advirtió que todos habían bajado y que se había quedado solo. Una azafata se le acercó y le preguntó solícita:

—¿Le ocurre algo, señor?

Miró a su alrededor instintivamente y, al comprobar que ya no había nadie a su lado, se ruborizó y se apresuró a responder:

—No, no. Nada.

Caminó hacia la puerta sintiendo a su espalda la presencia vigilante de la azafata, y al poner el pie en la

escalerilla fue cuando comprendió que su presencia en aquel lugar era ya irreversible y que no podía dar marcha atrás.

Se colocó las gafas de sol y descendió los escalones con pasos cansinos, tratando en vano de retrasar el momento de pisar tierra.

Los dos fotógrafos que le esperaban empezaron a disparar sus cámaras y, sin que tuviera que hacer ningún esfuerzo consciente, acudieron a su memoria las imágenes de otras llegadas a la ciudad, de otros fotógrafos y de otras ediciones del Festival.

Se prohibió caer en la nostalgia y superó el último escalón con el presentimiento, que él mismo calificó de exagerado, de que quizá estuviera saltando al vacío.

Junto a los fotógrafos había un tercer hombre. Su cara le sonó vagamente, pero no sabía de qué. Apenas si tuvo ocasión, de jugar a los acertijos y de barajar algunos nombres. Enseguida aquél salió a su encuentro y, tendiéndole la mano, le saludó con un efusivo:

—Bienvenido, don Miguel.

Reconoció su voz. Era la misma que le había hablado media docena de veces por teléfono y que tanto le había insistido para que asistiese a la retrospectiva de sus películas. Recordó entonces que le había visto en un coloquio de televisión, pero juraría que no como

director del Festival. No pensaba encontrarse con un director tan joven y su cara traslució cierta perplejidad.

Estrechó la mano del otro y balbució una escueta frase de agradecimiento. Los fotógrafos tomaron la instantánea y luego se dejó conducir por el director hacia el edificio donde estaban las dependencias del aeropuerto.

Mientras se dirigían allí, su anfitrión le habló sin descanso del buen tiempo que tenían, de lo ilusionados que estaban todos con la retrospectiva y de la alegría que le producía el poder contar con su persona. Él, por su parte, se limitó a puntuar el monólogo del otro con algunas pocas palabras de compromiso.

El director le ayudó con el equipaje y no tardaron en encontrarse en el aparcamiento, donde les esperaba un coche con chófer. Ocuparon el asiento trasero y, aunque su acompañante no cerró la boca en todo el trayecto, él, rozando el descaro cuando no la mala educación, apenas si le miró a la cara y prestó atención a lo que le decía.

Le asaltó un ligero dolor de cabeza y bajó la ventanilla.

—¿Le molesta el aire acondicionado? —Le preguntó el director—. Si quiere, lo apagamos.

—No, así está bien.

Durante unos segundos el director pensó en la extravagante contradicción que era circular con el aire acondicionado puesto y la ventanilla abierta. Miró de reojo a su estrella invitada y se preguntó si ese hombre con los setenta cumplidos no estaría ya dando muestras de senilidad. Hizo un esfuerzo para apartar de su cabeza estas caprichosas cavilaciones y reanudó su charla, sólo interrumpida de tanto en tanto por los marchitos monosílabos de su compañero de viaje.

Alcanzaron los barrios periféricos de la ciudad, y conforme se adentraban en San Sebastián, el recién llegado notó cómo su angustia crecía más y más. Nunca antes —ni siquiera cuando antaño presentaban una película suya a concurso— había sentido tal zozobra y, procurando calmarse, atribuyó al vuelo su malestar. Hacía muchísimo tiempo que no montaba en un avión y se había olvidado del miedo que pasaba. Se prometió que el viaje de vuelta a Madrid lo haría en tren y, cerrando los ojos, se recostó en el asiento.

El director se percató de ello y sólo entonces calló. Encendió un cigarro y, mientras lo fumaba, hizo apuestas consigo mismo sobre si ese actor tan famoso hace décadas se pondría a roncar o no.

Como si un sexto sentido le hubiera avisado, el durmiente abrió los ojos cuando el coche se disponía a

detenerse delante del hotel. El director respiró aliviado —sudó copiosamente de sólo pensar en lo embarazoso que hubiese sido tener que despertarle zarandeándole— y comentó como si hiciese falta:

—Ya estamos en su hotel, don Miguel.

El aludido reprimió un bostezo y contempló la fachada. El hotel se conservaba tal como lo recordaba y no supo si alegrarse o entristecerse. Se preguntó si eran quince o veinte los años transcurridos desde que se hospedó allí la última vez, pero su memoria no hizo nada para satisfacer esa nimia curiosidad, que bien mirado tampoco le importaba.

El director y él se apearon al unísono, como si sus movimientos estuviesen sincronizados, y desentendiéndose del equipaje, del que ya se ocupaban el chófer y los mozos del hotel, subieron las escalinatas; el director con soltura y agilidad juveniles, y él con un amago de melancolía que provocó que sus andares fueran tan pesados como torpes.

El director vio que le había dejado atrás y le esperó ya en la puerta. Le sonrió y él no supo interpretar esa sonrisa.

—Pase, don Miguel.

Le cedió el paso y el actor entró en el hall. No había hecho más que recorrer unos metros cuando se paró,

mirándolo todo con ojos en los que el olvido luchaba con el recuerdo.

—¿Vamos?— dijo el director al cabo de unos instantes, cogiéndole con suavidad el brazo.

El asintió y caminaron juntos hacia el mostrador de recepción.

—La suite del señor Casares, por favor —pidió el director.

Les atendieron con diligencia y, cumplidos los trámites de su inscripción, Miguel Casares fue despedido por su anfitrión en la puerta misma del ascensor.

Se sintió liberado, como si se hubiera quitado un enojoso peso de encima, pero enseguida se dijo que estaba siendo injusto con ese joven. Después de todo nadie le había puesto una pistola en el pecho para que aceptara la invitación. Si la hubiera rechazado, nadie hubiese dado muestras de sorpresa; era lo que venía haciendo desde hacía años.

Por qué había roto su intransigente cadena de negativas y había dicho que sí en esta ocasión era una pregunta para la que, de momento al menos, no tenía respuesta.

Dio una propina a los mozos que le habían subido el equipaje y lo primero que hizo al quedarse solo fue despojarse de la chaqueta y descalzarse. Se tendió en la cama y se preguntó si dormiría bien en ella y no extra-

ñaría la suya. Era muy cómoda, y durante unos segundos pareció que iba a caer en la tentación de adormilarse, ahora sí en serio y no a modo de simulacro, como aconteció en el coche. Pero miró el reloj y vio que eran las doce y media de la mañana, una hora un poco inoportuna para dormirse.

Se llevó las manos a la cara y se restregó con fuerza los ojos. No se lo pensó más y abandonó la cama. Se dirigió al balcón y contempló el mar. Le gustó sentirlo tan cerca. No se había movido de Madrid en los últimos ocho o diez años y reconoció, no sin estupor, que nunca lo había añorado ni había tenido la compulsiva necesidad de tantos madrileños de acercarse periódicamente a la costa.

Se cansó del sol que caía de lleno sobre el balcón y regresó al interior de la suite. Le daba pereza ponerse a deshacer el equipaje, pero no quería dejarlo para más tarde.

Al pasar junto a la mesita que había frente al televisor descubrió sobre ella unos libros y el ejemplar del día del boletín que editaba el Festival. No se hubiera detenido si no hubiese visto una vieja foto suya en la portada de uno de los libros.

Lo cogió con una mezcla de curiosidad y recelo y leyó el título: *Vida y obra de Miguel Casares*. No pudo

dejar de preguntarse con sorna si en efecto contendría todo eso. El libro lo publicaba el propio Festival de San Sebastián y aparecía firmado por Fernando Durán, un crítico de prestigio a juzgar por lo que se decía en la solapa. Para Casares no era más que un hombre con el que identificaba al pesado que le había telefoneado en tantas ocasiones pidiéndole una entrevista y al que se había quitado de encima con mil y una excusas.

Hojeó el libro, demorándose —no precisamente con delectación— en los fotogramas de rancias películas interpretadas por él que lo ilustraban, y cuando lo cerró, se miró en el espejo distorsionado por el tiempo que era su foto de la portada e hizo una mueca.

* *
 *
 *

Ese mismo día, horas más tarde, Miguel Casares tuvo que hacer frente a su primer contacto con el público.

El coche de la mañana le recogió en el hotel y le condujo hasta el cine donde iban a tener lugar las proyecciones de las películas que componían la retrospectiva.

Allí le recibieron el director del Festival y otro joven que aquél le presentó como el crítico Fernando

Durán, el autor del libro sobre esos dos temas, para él tan paradójicamente lejanos y que consideraba tan poco estimulantes, que eran «su vida» y «su obra».

El crítico estrechó su mano con brillo en los ojos —no parecía sino que estaba cumpliéndose un sueño largamente acariciado— y farfulló unas nerviosas palabras sobre lo mucho que apreciaba sus películas.

Afortunadamente el director del Festival dijo que ya era la hora de empezar e interrumpió su retahíla de elogios. Pasaron al interior de la sala y, para sorpresa del actor, estaba casi llena. Algunos espectadores le reconocieron y comenzaron al escucharse unos tímidos aplausos que rápidamente alcanzaron una contagiosa unanimidad.

Caminó hasta el escenario, flanqueado por el director y el crítico, y mientras retumbaban los aplausos en sus oídos y los fotógrafos no cesaban de torturarle los ojos con sus flashes, se preguntó si no estaría viviendo una pesadilla.

Vio cómo el crítico se colocaba tras el micrófono que había instalado en el escenario y se esforzó en hacer caso omiso de todo lo que estaba diciendo sobre él.

A cada segundo que pasaba más se arrepentía de estar siendo cómplice de aquella sucesión de actos sin

sentido, a la que sólo una palabra definía con precisión: Farsa.

Nuevos aplausos, ahora dirigidos al crítico, le sacaron de su ensimismamiento. Durán le miró como un pordiosero reclamando una limosna y Casares no supo negarle una sonrisa y unas palmas.

El director tomó la palabra y, aunque hizo todo lo que pudo por ausentarse mentalmente de aquella ficción que otros estaban protagonizando a su costa, no le fue posible. Tratando de evitar que su casa reflejara el profundo tedio que le producían las palabras del orador, oyó como éste decía:

—Si de algo puedo estar orgulloso como director de esta edición del Festival de Cine de San Sebastián es de haber conseguido que Miguel Casares, el mítico Miguel Casares, se encuentre hoy aquí con nosotros. No descubro ningún secreto si les digo que desde hace años este Festival ha querido contar entre sus invitados de honor con el hombre que aquí nos acompaña. Nuestra insistencia ha dado sus frutos y al fin hemos conseguido lo que a algunos les parecerá un milagro: que Miguel Casares regrese al mundo del cine, a su mundo, después de más de veinte años de haberlo abandonado.

Se quedó sin respiro y tuvo que hacer una pausa

antes de proseguir. Casares miró al techo y vio una mancha de humedad. Intentó en vano asociarla a la figura de algún animal, y cuando prestó de nuevo atención al director, éste decía:

—Para los jóvenes, esta retrospectiva que hoy inauguramos, y que con tanto cariño como minuciosidad ha preparado el crítico Fernando Durán, será todo un descubrimiento. Podrán ver con sus propios ojos que cuanto han oído de boca de sus padres no son exageraciones nostálgicas sino verdades incontrovertibles. Miguel Casares no sólo marcó una época, sino que fue, y me atrevo a decir que continúa siéndolo, el actor más popular de la historia del cine español... Los jóvenes y los mayores, los que van a acercarse a sus películas por primera vez y los que ya las conocen, tendrán ahora ocasión de comprobarlo.

Se giró hacia él y concluyó:

—Gracias, don Miguel, por poder contar hoy aquí con su presencia y gracias a todos ustedes por acompañarnos... Muchas gracias.

Se reprodujeron los aplausos y las cortinas que cubrían la pantalla comenzaron a descorrerse anunciando la inminente proyección.

Casares agradeció al cielo no tener que hablar él y bajó del escenario con el director y el crítico. Se sentó

junto a ellos en una de las primeras filas, en unas butacas que les tenían reservadas.

No se había molestado en preguntar qué título abría la retrospectiva, y cuando salieron los créditos y descubrió de cuál se trataba, se sintió horrorizado. Aquella película, si algo le traía, eran malos recuerdos. Un tenebroso romance con una secundaria, una tonta caída que le obligó a llevar escayolado un brazo la mayor parte del rodaje, un director novato al que hubo que despedir al tercer día...

Le costó reconocerse en el extraño con treinta y tantos años menos que provocaba las risas del público y, al terminar el primer rollo, estaba que ya no podía más.

Continuar allí sentado le resultaba tan insufrible que decidió tomar una drástica resolución: marcharse. Se levantó de su asiento y el crítico y el director, que también ahora le flanqueaban, le miraron con asombro. Tuvo un instante de duda, pero se sobrepuso y dijo a Durán, que era quien le bloqueaba el camino al pasillo:

—¿Me permite?

El crítico se encogió para dejarle pasar y Casares, como si temiese que alguien le retuviera allí dentro, corrió literalmente hacia la puerta.

En el hall, uno de los porteros le dijo sin reconocerle:

—Pero si no ha hecho más que empezar... ¿Tan mala es?

El actor no le respondió nada y salió a la calle. Vio a unos metros de la entrada del cine el coche que le habían asignado y tomó la dirección contraria. El chófer leía el periódico y no se percató de su salida.

Cuando el cine hubo quedado muy atrás, se detuvo. Sacó el pañuelo y se limpió el sudor que le caía de la frente y le cegaba los ojos. Se sintió como un chico que escapa del colegio para hacer novillos, pero no por eso se avergonzó de su acción.

Echó a andar de nuevo y callejeó sin rumbo hasta que se hizo de noche. Se tomó una cerveza en una terraza y cogió un taxi para que le llevara al hotel.

No había hecho más que penetrar en el vestíbulo cuando Durán, que le esperaba, se abalanzó sobre él.

—¿Le ha pasado algo? Le hemos estado buscando por todas partes y...

La excitación del crítico le pareció a Casares incomprendible, amén de injustificada.

— No —dijo interrumpiéndole—. ¿Qué habría de pasarme?

— Como se fue del cine sin decirnos nada...

Casares no se molestó en dar verosimilitud a sus palabras. Dijo mintiendo descaradamente: